

CAPITULO V

De la entrada en Alcalá, patente y burlas que me hicieron por nuevo

ANTES que anocheciese salimos del mesón á la casa que nos tenían alquilada, que estaba fuera de la puerta de Santiago, patio de Estudiantes, donde había muchos juntos, aunque esta teníamos entre tres moradores diferentes no más. Era el dueño y huésped de los que creen en Dios por cortesía, ó sobre falso. Moriscos los llaman en el pueblo, que aún hay muy grande cosecha de esta gente y de la que tiene sobradas narices, y sólo les faltan para oler tocino; digo esto, confesando la mucha nobleza que hay entre la gente principal, que cierto es mucha. Recibióme, pues, el huésped con peor cara que si yo fuera cura y le pidiera la cédula de confesión; no sé si lo hizo porque le comenzásemos á tener respeto, ó por ser natural suyo de ellos, que no es mucho tenga mala condición quien no tiene buena ley. Pusimos nuestro ható, acomodamos las camas y lo demás, y dormimos aquella noche. Amaneció, y helos aquí en camisa á todos los estudiantes de la posada á pedir la patente á mi amo. Él, que no sabia lo que era, preguntóme que qué querían. Y yo entretanto, por lo que podía suceder, me acomodé entre

dos colchones, y sólo tenía la cabeza fuera, que parecía tortuga. Pidieron dos docenas de reales; diéronselos, y cantando comenzaron una gritería del diablo, diciendo:

—Viva el compañero, y sea admitido á nuestra amistad; goce de las preeminencias de antiguo; pueda tener sárna, andar manchado y padecer el hambre que todos.

Y con esto (¡mire vuesa merced qué privilegios!) volaron por la escalera, y al momento nos vestimos nosotros y tomamos el camino para escuelas. Á mi amo apadrinaronle unos colegiales conocidos de su padre y entró en su general; pero yo, que había de entrar en otro diferente y fui solo, comencé á temblar. Entré en el patio, y no hube metido bien el pié, cuando me encararon y empezaron á decir:

—Nuevo.

Yo, por disimular, di en reír, como que no hacía caso; mas no bastó, porque llegándose á mí ocho ó nueve, comenzaron á reírse. Púseme colorado (nunca Dios lo permitiera), pues al instante se puso uno que estaba á mi lado sus manos en las narices, y apartándose dijo:

—Por resucitar está este Lázaro, según hiede.

Y con esto todos se apartaron, tapándose las narices. Yo, que me pensé escapar, también me puse las manos y dije:

—Vuestas mercedes tienen razón, que huele muy mal.

Dióles mucha risa, y apartándose, ya estaban juntos hasta ciento. Comenzaron á escarbar y tocar al arma; y en las toses y abrir y cerrar de las bocas, vi que se aparejaban gargajos. En esto un manchegazo acatarrado me hizo alarde de uno terrible, diciendo:

—Esto hago.

Yo entonces que me vi perdido, dije:

—Juro á Dios que me la...

Iba á decirlo; pero fué tal la batería y lluvia que cayó sobre mí, que no pude acabar la razón. Yo estaba cubierto el rostro con la capa, y tan blanco, que todos tiraban á mí, y era de ver sin duda cómo tomaban la puntería. Estaba ya nevado de piés á cabeza; pero un bellaco, viéndome cu-

bierto y que no tenía en la cara cosa, arrancó hacia mí, diciendo con gran cólera:

—Basta, no le matéis.

Yo, que según me trataban, creí de ellos que lo harían, me destapé por ver lo que era, y al mismo tiempo el que daba las voces me clavó un gargajo entre los dos ojos. Aquí se han de considerar mis angustias; levantó la infernal gente una grita, que me aturdieron; y yo, según lo que echaron sobre mí de sus estómagos, pensé que por ahorrar de médicos y boticas, aguardaban nuevos para purgarse. Quisieron tras de esto darme de pescozones; pero no había dónde, sin llevarse en las manos la mitad de aceite de mi negra capa, ya blanca por mis pecados. Dejaronme; iba hecho aljofaina de viejo á pura saliva; fuíme á casa, que apenas acerté á entrar en ella; y fué ventura ser de mañana, porque sólo topé dos ó tres muchachos (que debían ser bien inclinados), porque no me tiraron más de cuatro ó seis trapazos y luego se fueron. Entré en casa, y el morisco, que me vió, comenzó á irse y hacer como que quería escupirme. Yo, que temí que lo hiciese, dije:

—Tened, huésped, que no soy Ecce-Homo.

Nunca lo dijera, porque me dió dos libras de porrazos sobre los hombros con las pesas que tenía. Con esta ayuda de costa, medio baldado subí arriba, y en buscar por dónde asir la sotana y el manteo se pasó mucho rato; al fin le quité y me eché en la cama y colgué en una azotea. Vino mi amo, y como me halló durmiendo y no sabía la asquerosa ventura, enojóse y comencóme á dar repelones con tanta priesa, que á dos más me despertó calvo. Levantéme dando voces y quejándome, y él con más cólera dijo:

—¿Es buen modo de servir este, Pablos? Ya es otra vida.

Yo, cuando oí decir otra vida, entendí que era ya muerto, y dije:

—Bien me anima vuesa merced en mis trabajos; vea cuál está aquella sotana y manteo, que han servido de pañuelos á las mayores narices que se han visto jamás en paso

de Semana Santa; y con esto empecé á llorar. Él, viendo mi llanto, creyólo y buscando la sotana y viéndola, compadecióse de mí, y dijo:

—Pablo, abre el ojo, que asan carne; mira por ti, que aquí no tienes otro padre, ni madre.

Contéle todo lo que había pasado, y mandóme desnudar y llevar á mi aposento, que era donde dormían cuatro criados de los huéspedes de casa. Acostéme y dormí; y con esto á la noche después de haber comido y cenado bien, me hallé fuerte ya, como si no hubiera pasado nada por mí; pero cuando comienzan desgracias en uno, parece que nunca se han de acabar, que andan encadenadas y unas traen á otras. Viniéronse á acostar los otros criados, y saludándome todos, me preguntaron si estaba malo y cómo estaba en la cama. Yo les conté el caso, y al punto, como si en ellos no hubiera mal ninguno, se empezaron á santiguar, diciendo:

—No se hiciera entre luteranos. ¡Hay tal maldad!

Otro decía:

—El rector tiene la culpa en no poner remedio: ¿conocerá los que eran?

Yo respondí que no, y agradeciles la merced que mostraban hacer. Con esto se acabaron de desnudar, acostáronse, mataron la luz, y dormíme yo, que me parecía estaba con mi padre y mis hermanos. Debían de ser las doce, cuando el uno de ellos me despertó á puros gritos, diciendo:

—¡Ay que me matan! ¡ladrones!

Sonaban en su cama unas voces y golpes de látigo; yo levanté la cabeza y dije:

—¿Qué es eso?

Y apenas me descubrí cuando con una maroma me asentaron un azote con hijos en todas las espaldas. Comencé á quejarme, quise me levantar, quejábame el otro también y dábame á mi solo...

Yo comencé á decir:

—¡Justicia de Dios!—pero menudeaban tanto los azotes sobre mí, que no me quedó (por haberme tirado las frazadas abajo) remedio, sino el de meterme debajo de la cama. Hicelo así, y al punto los otros que dormían empezaron á dar gritos también; y como sonaban los azotes, yo creí que alguno de afuera nos daba á todos. Entretanto aquel maldito que estaba junto á mí, pasó á mi cama, y proveyó en ella, y cubrióla; y pasándose á la suya cesaron los azotes, y levantáronse con grandes gritos todos cuatro, diciendo:

—Es gran bellaquería, y no ha de pasar así.

Yo todavía me estaba debajo de la cama, quejándome como perro cogido entre puertas, tan encogido, que parecía un galgo con calambre. Hicieron los otros que cerraban la puerta, y yo entonces salí de donde estaba y subíme á mi cama. Preguntado si acaso les habían hecho mal, todos se quejaban de muerte. Acostéme y cubríme, y torné á dormir; y como entre sueños me revolcase, cuando desperté me hallé sucio hasta las trenzas. Levantáronse todos, y yo tomé por achaque los azotes para no vestirme; no había diablos que me moviesen de un lado; estaba confuso considerando si acaso con el miedo y la turbación, sin sentirlo, había hecho aquella vileza, ó si entre sueños; al fin yo me hallaba inocente y culpado, y no sabía disculparme. Los compañeros se llegaron á mí quejándose y muy disimulados á preguntarme cómo estaba, y yo les dije que muy malo, porque me habían dado muchos azotes. Preguntábales yo qué podía haber sido; y ellos decían:

—Á fe que no se escape, que el matemático nos lo dirá; pero dejando esto, veamos si estáis herido, que os quejábades mucho.

Y diciendo esto, fueron á levantar la ropa, con deseo de afrentarme. En esto mi amo entró diciendo:

—¿Es posible, Pablos, que no he de poder contigo? Son las ocho ¿y estás en la cama? Levántate enhoramala.

Los otros por asegurarme, contaron á don Diego el caso

todo y pidiéronle que me dejase dormir; y decía uno:

—Si vuesa merced no lo cree, levante conmigo.

Y agarraba de la ropa. Yo la tenía asida de los dientes para no mostrar la caca; y cuando ellos vieron que no había remedio por aquel camino, dijo uno:

—¡Cuerpo de tal y cómo hiede!

Don Diego dijo lo mismo, porque era verdad, y luégo tras él comenzaron todos á mirar si había en el aposento algún servicio: decían que no podía estar allí. Dijo uno:

—Pues es muy bueno eso para haber de estudiar.

Miraron las camas y quitáronlas para ver debajo, y dijeron:

—Sin duda debajo de la de Pablos hay algo: pasémosle á alguna de las nuestras y miremos debajo de ella.

Yo, que veía poco remedio en el negocio y que me iban á echar la garra, fingí que me había dado mal de corazón: agarréme á los palos é hice visajes. Ellos, que sabían el misterio, apretaron conmigo diciendo:

—¡Gran lástima!

Don Diego me tomó el dedo del corazón, y al fin entre los cinco me levantaron; y al alzar las sábanas fué tanta la risa de todos, viendo los recientes, no ya palominos, sino palomos grandes, que se hundía el aposento.

—Pobre de él—decían los grandísimos bellacos; y yo hacía el desmayado. —Tirele vuesa merced mucho de ese dedo del corazón; y mi amo, entendiendo hacerme bien, tanto tiró, que me le desconcertó. Los otros también trataron de darme un garrote en los muslos, y decían:

—El pobrecito ahora sin duda se ensució cuando le dió el mal.

¡Quién dirá lo que yo pasaba entre mi! Lo uno con la vergüenza, descoyuntado un dedo, y á peligro que me diesen garrote. Al fin, de miedo que me lo diesen (que ya me tenían los cordeles en los muslos) hice que había vuelto; y por presto que lo hice, como los bellacos iban con malicia, ya me habían hecho dos dedos de señal en cada pierna. Dejéronme diciendo:

—¡Jesús, y qué flojo sois!

Yo lloraba de enojo, y ellos decían adrede:

—Más va en vuestra salud, que en haberos ensuciado; callad.

Y con esto me pusieron en la cama, después de haberme lavado, y se fueron.

Yo no hacía á solas sino considerar cómo casi era más lo que había pasado en Alcalá en un día, que todo lo que me sucedió con Cabra. Á medio día me vestí, limpié la sotana lo mejor que pude, lavándola como gualdrapo, y aguardé á mi amo, que en llegando me preguntó cómo estaba. Comieron todos los de casa y yo, aunque poco y de mala gana, y después juntándonos todos á hablar en el corredor, los otros criados, después de darme vaya, declararon la burla. Riéronla todos; doblóseme mi afrenta, y dije entre mí:

—Avisón, Pablos, alerta.

Propuse de hacer nueva vida; y con esto, hechos amigos, vivimos de allí adelante todos los de casa como hermanos, y en las escuelas y patios nadie me inquietó más.